

LA VISION DE ESPAÑA EN LA OBRA DE JUAN MARAGALL

Celebramos en estos años de 1960-61, respectivamente, el centenario del nacimiento y el cincuentenario de la muerte de Juan Maragall (1860-1911). La importancia de su obra, desde el punto de vista político, creemos que exige un comentario, coincidiendo con dichas conmemoraciones.

Y, sin embargo, la figura y obra de Maragall ha sido y es poco conocida y estudiada fuera del ámbito de Cataluña, no obstante haber ocupado la reflexión sobre España importantísimo lugar en su obra. Ni en los estudios dedicados al análisis del tema de la reflexión en torno al llamado problema de España, ni en los más concretos dedicados a la generación del 98, es mencionado el nombre de Maragall y analizada su obra y reflexión en torno a aquel tema. No obstante, nosotros creemos poder reivindicar —como trataremos de demostrar— un puesto importantísimo para Maragall en aquella preocupación, su enlace generacional con los hombres del 98, y más aún: la gran comunidad de ideas que le unen con algunos de los más caracterizados miembros de aquélla. Ahora bien, toda esta serie de afirmaciones imponen primeramente una serie de precisiones.

Hemos afirmado la existencia en la obra de Maragall del tema de la preocupación de España. Esta preocupación incorpora a Maragall a la pléyade de autores que, durante la segunda mitad del diecinueve y comienzos del veinte, por ceñirnos a un período determinado, se plantea el tema de España como preocupación y problema. Pero conviene precisar que la existencia de este tema no nos sirve de elemento definidor de la generación, como en ocasiones se ha afirmado, por su excesiva generalidad. Manejamos aquí el concepto de generación elaborado a partir de la obra de Ortega. En este sentido, y sin querer entrar en un estudio y análisis crítico

de la idea de generación de cuño orteguiano, y sólo a efectos del tema que nos ocupa, diremos: 1.º La generación no nos viene definida por la comunidad de ideas sino por las circunstancias; los hombres de una generación no reaccionan igual, pero reaccionan ante lo mismo, lo que los unifica es el «mundo», la circunstancia en que viven, el horizonte de problemas. Ahora bien, no requiere sólo la coexistencia sino también la coetaneidad, es decir, que los datos, las circunstancias, actúen sobre ellos de igual manera; de ahí, la necesidad de fijar unos límites para la generación —que en Ortega oscilan alrededor de los quince años—. En una misma circunstancia histórica existen varias generaciones, pero esa circunstancia actúa de manera diferente sobre ellas por las diferentes edades, y, por consiguiente, de carga histórica personal y perspectiva ante el momento. 2.º Decíamos que la comunidad de ideas no define una generación; dentro de una generación las respuestas dadas por sus miembros podrán ser, y de hecho son, diferentes. Si la respuesta coincide en mayor o menor medida habrá un enlace más íntimo entre sus titulares, que puede llevar a la constitución de un verdadero grupo, entendido éste en un sentido más o menos informal. 3.º Un problema que se plantea y repite a través de un largo espacio de tiempo, como tal problema genéricamente, no nos puede servir de elemento definidor de una generación, sólo nos servirá en la modalidad con que se plantee en una circunstancia concreta. Así sucede con el problema de España, insistiendo en lo que decimos más arriba; sólo el problema de España, tal como aparece en determinado momento histórico, nos servirá, junto con otros elementos, para definir una generación.

Aclarados estos puntos abordemos el de la inserción generacional de Maragall, es decir, el de averiguar a qué generación pertenece el escritor catalán. De nuevo repetimos que el tema se presta a confusiones, pues hoy se maneja la denominación generación del 98 no en el sentido orteguiano del término generación, que es el que nosotros manejamos ahora, sino como grupo ideológico. Maragall nace en 1860, Unamuno en 1864, Ganivet en 1865. Es decir, las diferencias de edad son mínimas, y dan pie a afirmar el enlace generacional de dichos escritores, al venir al mundo e incorporarse después a la vida histórica en una misma circunstancia. Esto nos impondría la necesidad de estudiar la circunstancia histórica del momento, en el sentido que nos recomienda Ortega: «... si se quiere hablar en serio de un autor y de su obra no se puede partir

de ello sin más, por la sencilla razón de que ellos mismos —autor y obra— no partieron tampoco de sí propios, sino que son ya reacción —positiva y negativa— a la forma de vida que en torno encontraron. Entender una obra literaria es reproducir su génesis, por tanto, verla antes de que nazca, antes de que esté ahí ya» (1). Después, aunque sea a grandes rasgos diremos algo de la circunstancia histórica de Maragall.

Ahora bien, y ya hemos aludido a ello, el concepto de generación del 98 se maneja en un sentido que rebasa el estricto significado que dió Ortega al concepto de generación. En este segundo sentido se ha visto a la generación del 98 como grupo ideológico, entendiendo la palabra grupo en este sentido informal que dijimos más arriba. Desde esta perspectiva se nos impone la tarea de ver si se puede vincular a Maragall a la generación del 98. Pero respecto a la generación del 98 entendida ya como grupo ideológico, cabría preguntarse si no convendría delimitar este grupo, es decir, matizando más, diferenciar dentro de ese grupo de hombres, agrupados bajo dicha rúbrica, dos subgrupos: uno que constituiría la propia generación del 98 y otro, que si queremos podemos llamar pre-generación del 98, anterior. La razón de ello es que creemos poder observar unas diferencias entre Ganivet y Unamuno por una parte, y el resto de los autores de dicha generación: Baroja, Azorín, Machado, etc. No podemos entrar aquí en el análisis de estas diferencias. Por otra parte, esta idea no deja de ser por el momento una simple sugerencia, pero en la concepción de la vida, en la visión de los problemas, en la actitud ante una serie de cuestiones, en la misma visión de España, se podrían observar. En este caso, de constituir un grupo aparte y anterior Ganivet y Unamuno del resto de sus compañeros agrupados bajo la denominación de generación del 98, y planteando el tema de la vinculación de Maragall como habíamos dicho, creemos que Maragall se vincularía a ese grupo o generación que, por usar una denominación, hemos llamado pre-noventa y ocho, aunque debemos añadir que la obra de Maragall respecto a esas dos figuras citadas presenta unas peculiaridades que destacaremos en su momento. En relación con lo acabado de decir, y no obstante no ser el objeto del presente trabajo, examinar el conjunto de la obra maragalliana, sin embargo, a lo largo de él.

(1) Prólogo a *Cartas finlandesas y Hombres del Norte* de ANGEL GANIVET. Colección Austral.

y tanto en relación al estricto tema del presente estudio como en relación a otros, creemos que podremos demostrar lo anteriormente afirmado, es decir, la vinculación y unión de Maragall con la generación del 98 (o con la pre-generación del 98, admitiendo la distinción), aun reconociendo lo peculiar de su actitud, por su posición catalana y por las soluciones que propugna

El objeto del presente trabajo, como su título reza, es la visión de España en la obra del poeta catalán. La cuestión sugiere el olvido en que se ha tenido el pensamiento catalán de la época al tratar de estudiar este problema. Pensamiento que se ha despachado con unos cuantos tópicos fáciles y consabidos, o se ha ignorado. Esto en gran medida se puede aplicar a Maragall. Y, sin embargo, en Maragall late una fuerte preocupación patriótica; la reflexión sobre España es tema constante de sus artículos; el mismo regionalismo se concibe en Maragall no sólo como cauce y marco de la personalidad histórica de Cataluña, sino como instrumento de regeneración española. Así lo vieron tres ilustres personalidades, cuyos testimonios traemos aquí por lo significativo. Unamuno, en su prólogo a uno de los tomos de las obras completas de Maragall editadas por sus hijos, dirá: «¡Y cómo vivió, cómo sintió y sufrió y gozó y soñó Maragall nuestra historia española! No he podido volver a leer sin una profunda renovación de mi espíritu los artículos que escribió en 1898, el año de nuestra gran revelación y nuestra gran tragedia. Y más yo, a quien se coloca en la que han dado en llamar la generación del 98, la nuestra, la mía y de Maragall» (2). Azorín dirá por su parte: «España está siempre en la mente de Maragall, y con España, integrada en España, Cataluña» (3). Finalmente, el testimonio catalán de Carles Riba: «Maragall desde Cataluña y de un modo muy representativo, se centró en las congojas, anhelos y encuestas que caracterizaron a la generación, si se quiere al grupo de escritores llamado del 98. Aplicando una de esas frases próceres que dan en lo vivo del misterio existencial, diré que ninguno de ellos habría buscado a España de no haberla encontrado antes, desde el mismo instante en que se preguntó —y Maragall lo hizo con patético grito— dónde estaba. La sintió como

(2) Tomo 17 de *Obras Completas* de JOAN MARAGALL. Edició dels fills de Joan Maragall. Sala Parés. Librería. Barcelona, 1933.

(3) Prólogo a *Los vivos y los muertos*, antología de artículos publicados por Editorial Destino. Barcelona, 1946.

a una madre que tenía que volver en sí llorando y escuchar aquella lengua de una parte de sus hijos en la que muy poco se le había hablado hasta entonces. La sintió lo mismo que Unamuno, también como una hija, una hija de su amor y su idea» (4). El testimonio es claro y terminante; como también lo es en cuanto a la vinculación de Maragall respecto a la generación del 98. Ahí está el testimonio autorizadísimo de Unamuno, con quien le unió una fuerte amistad y una gran comunidad de ideas, por encima de las disonancias y discordancias «que hicieron más rica y más viva y más completa la consonancia y concordancia que en tan íntima y pura y gloriosa amistad hermanal nos unió» (En el prólogo citado). Al testimonio de Unamuno habrá de acudir con frecuencia al enjuiciar su obra.

Maragall es autor de una importante y extensa obra. Junto a su obra poética, la más conocida, escrita en catalán, realiza una importante labor traductora, principalmente de obras alemanas. Finalmente, es autor de numerosos artículos. Casi toda la obra en prosa de Maragall la constituyen los artículos, su obra de articulista es extensísima, fruto de una colaboración de casi veinte años. Es en estos artículos donde se vierte su reflexión sobre España y, en general, sobre los diversos temas, pues no escribió Maragall ninguna obra de carácter sistemático. Artículos escritos en su mayor parte en castellano. Refiriéndose a ellos dijo Unamuno: «En estos pequeños ensayos está su nobilísima alma. Escritos al día en un diario público, son para siempre», y «cuanto él nos dejó en sus artículos en prosa castellana no es sino la otra cara de cuanto en sus poemas catalanes nos dejó» (Prólogo citado). A ellos nos referiremos especialmente a lo largo de este artículo.

Anteriormente trajimos a colación aquel testimonio de Ortega en que nos recordaba que para enfrentarse adecuadamente con un autor y su obra había que partir de sus circunstancias, fuera de la cual no se explicaba. Vamos a decir algo de la circunstancia europea, española y catalana de Maragall. Sin entrar en especiales detalles, que dejamos al buen sentido y conocimiento del lector, señalaremos algunos de los datos que la informan en los años en que nuestro autor, y sus coetáneos, se incorporan a la vida histórica. Europa vive unos años de paz, expansión, riqueza, cultura y con-

(4) Prólogo a *Vida escrita*. Aguilar, 1960. Antología de artículos de Maragall.

fianza en sí misma. Una sólida clase media constituye el gran estabilizador de las diversas naciones europeas —se entiende que nos referimos a las del oeste europeo. El régimen constitucional, liberal y parlamentario se ha impuesto en toda Europa, con contadas excepciones que más bien pertenecen a un ámbito extraeuropeo. Es la época del positivismo y de la novela naturalista, aunque ya se ha producido el poderoso impacto de la obra de Nietzsche y de la reacción vitalista e irracionalista. El credo democrático es otra de las creencias fundamentales. Etc., etc. Por lo que respecta a España, la Restauración lleva ya unos cuantos años de vida y es una experiencia sobre la que ya cabe reflexionar; no entraremos en detalles de la vida política, social, cultural, etc., durante la Restauración, tema muy conocido y sobre lo que se ha escrito bastante; a las obras sobre dicha época nos remitimos. En cuanto a la Cataluña de finales de siglo, conoce un momento de pleno auge material y espiritual. En el aspecto material ocupa el primer lugar entre las regiones de España, después del fuerte impulso de su economía, obra de su burguesía industrial y comercial. En el aspecto espiritual, la «Renaixença» ha supuesto el resurgir de la lengua catalana con rango literario y una potente vida cultural. En el aspecto político se producirá el movimiento catalanista, fruto de una toma de conciencia catalana y de la situación española (5). Cataluña se presenta a los ojos de Maragall llena de vitalidad y de esperanza, y él vive intensamente este momento de su pueblo. Hay una profunda identificación de Maragall con el alma de Cataluña. No entra en nuestro objeto mostrar cómo participó Maragall del movimiento de su tierra; sin embargo, ello es indudable, y si no fué un político propiamente, sí fué un guía intelectual; «cantor y educador del pueblo de Cataluña» le ha llamado Corredor en su reciente libro, al que nos remitimos para el que esté interesado en este tema; aunque algo diremos nosotros, desde luego, a lo largo de este trabajo, pues el problema catalán no se separa en él del español. Ahora bien, este panorama se ve ensombrecido con algunas

(5) Para el mejor conocimiento de la evolución catalana en este siglo XIX recomendamos, entre otras, la obra del malogrado JAIME VICENS VIVES: *Industrials i Politics*, Editorial Teide, Barcelona; y también los datos reunidos en la obra de JOSÉ M.^a CORREDOR ha consagrado a Maragall recientemente, publicada por la Editorial Aedos en su serie de Biografías Catalanas, págs. 16-28, Barcelona, 1960. Igualmente el *Cambó*, de JESÚS PABÓN.

nubes: el problema social y, en concreto, las secuelas del anarquismo; la profunda inquietud que ello suscitó se refleja en la obra de nuestro autor. Finalmente hay otro punto que conviene destacar, y es el importante papel desempeñado por Cataluña en la recepción de las nuevas corrientes europeas filosóficas, literarias y artísticas. Sobre ello ha dicho Azorín: «Y nótese cómo por la puerta de Cataluña han irrumpido en España las novedades literarias o filosóficas. El romanticismo, por Cataluña penetró en España; la filosofía escocesa, igualmente; del mismo modo, el naturalismo. Ibsen, más tarde, y las primeras nociones de Nietzsche. Sin contar —y ello es importante— el impresionismo en la pintura». (Prólogo citado.) Lo mismo ha sido subrayado por Carles Riba y José M.^o Corredor. Aquí el nombre de Maragall ocupa un lugar de honor; en seguida diremos algo sobre esto. Estos son algunos datos de la circunstancia histórica desde la que debemos ver la obra de Maragall. El criterio de la localización geográfica es el complemento indispensable a lo dicho; concretiza y especifica la circunstancia por decirlo así, la particulariza. Por eso aludimos nosotros a los tres planos: Europa, España, Cataluña. La circunstancia catalana particulariza a Maragall en relación a Unamuno y Ganivet, al lado de la común circunstancia europea y española.

Las palabras con que Ortega subrayaba el importante papel de Unamuno y Ganivet en la renovación cultural española —«Notemos la ampliación gigante que representan del horizonte ibérico» y «cuanto más tiempo pasa, más levantada parece la hazaña que estos dos hombres y otros de su generación peninsular cumplieron, haciendo universal el horizonte de la cultura española» (prólogo citado)— son de perfecta aplicación a Maragall. En nuestro autor se da esta ampliación del horizonte intelectual por encima de la estrecha dependencia de Francia; en su obra hay una apertura a los nuevos valores y corrientes europeas, una recepción y una exacta valoración. Véase lo que escribe en 1893 sobre Nietzsche, autor que produce un fuerte impacto sobre Maragall: «Representan una idea nueva o, cuando menos, remozada de la vida; una idea trascendentalmente sana y optimista que beberán ávidamente las reseca inteligencias de nuestra generación, trabajada por pesimismo y sutilezas...» «Es un fenómeno de todas las decadencias, de todas las civilizaciones excesivamente refinadas y cansadas de intelectualismo, una reacción, una vuelta a veces brusca y exagerada de las ideas a lo primitivo, a lo rudimentario, a lo brutal, como por

decirlo así, de la naturaleza...» «Nietzsche viene afirmando el libre albedrío, la voluntad como el gran agente impulsor de la vida...» «(El pensamiento de Nietzsche) que, como una oleada de aire sano cargado de fuertes aromas de poesía, barre la moderna atmósfera de pesimismo y fatalidades» (*Federico Nietzsche*).

Maragall se enfrenta en muchos aspectos polémicamente con su época y con el aparato de creencias vigentes; algo de esto acabamos de ver. Vamos a examinar ahora, aunque sea sucintamente, el repertorio de ideas con que Maragall se enfrenta a la realidad político-social. Creemos esto de interés antes de analizar la visión de la realidad político-social española. Cabalmente muchas de aquéllas arrancan de su contemplación de ésta, y en la visión de ésta hay que contar con aquéllas.

Maragall es una figura muy representativa de la reacción vitalista, «heroica» y antirracionalista, que se enfrenta en una actitud crítica y superadora con el sistema creencial europeo vigente. Aquí es preciso subrayar de nuevo el profundo impacto de Nietzsche. Asimismo hay una voluntad de ir a lo concreto, frente a lo que se conceptúa de abstracto, también muy representativa del momento español y europeo en general. Estas ideas tienen una aplicación concreta al campo político-social, que es el que nos interesa en este momento.

Hay que precisar el perfil de estas ideas, pues una mención genérica podría prestarse a confusiones; así cuando en Maragall hablemos de antidemocratismo, antiparlamentarismo, aristocratismo, individualismo, crítica y repulsa del socialismo, etc., etc. Lo que hay primeramente en Maragall es, como en tantos hombres de su generación, y en la línea de Nietzsche (el hombre europeo representativo por excelencia de esta posición), una reacción de tipo aristocrático, frente a lo que se considera que la democracia supone de nivelación, de cercenamiento de la personalidad destacada, de ahogo de la individualidad, exaltando frente a ello el papel director de las minorías. No se puede confundir esto con la línea que ataca la democracia y el sufragio universal por el peligro que entrañaba para las posiciones socio-económicas de la burguesía; aquí lo que se temía, recordemos el famoso discurso de Cánovas, eran las consecuencias del sufragio universal sobre la propiedad. De carácter diferente es la reacción que estudiamos y en que se insertará Maragall; no se defienden posiciones de clase, lo que se defiende y reivindica son los derechos de las minorías, de las in-

dividualidades poderosas frente a los peligros de una sociedad de masas. Citemos dos representativos textos de Maragall: uno, del ya citado artículo sobre Nietzsche: «Además, tras tanta democracia y tantas instrucciones democráticas que por temperamento nos repugnan y nos cansan, el radicalismo aristocrático de Nietzsche, con toda su genial brutalidad, nos refresca y nos infunde consuelo y esperanza.» Otro, de su artículo *Contra el socialismo* (1895): «Es menester que empecemos a probar de sustraernos a esa especie de hipnotismo de la democracia que, adormeciendo la verdadera fuerza, la originalidad, la fecundante actividad individual, deja el campo libre a la traviesa insignificancia, a la charlatana trivialidad y a la trampa estéril que infecta el aire social desde los Parlamentos abajo. Es menester que todo el que se reconozca superior en algo imponga su individualidad a la multitud, llevándose a ésta a remolque, en vez de dejarse arrastrar confundido con ella como hasta ahora. Y, no hay duda, este noble y humano anhelo de afirmación de la propia individualidad ha de vencer por sí solo y dominar la vana corriente de las masas en las personas de los que son impotentes para destacarse de ellas. Mande el que ha nacido para mandar y obedezcan los que sólo pueden obedecer, pues así lo quiere la naturaleza de cada uno de ellos.» En estas últimas líneas va expresado también cómo, paralelamente, se concibe la estructuración y gobierno de la sociedad, lo cual no significa la defensa de los derechos de una casta cerrada, vinculados a la herencia, sino el gobierno por los que naturalmente destacan y se imponen; ésta es la vertiente positiva de la posición. El sentido de ello queda claro en las siguientes líneas: «No; el pueblo no tiene la culpa, el pueblo necesita ser gobernado; la culpa es de los que no saben o no pueden ya gobernarle. Devuélvase al pueblo su aristocracia positiva, una aristocracia poseída de su papel, que tenga una fe concreta, corpórea, que comunicar, una superioridad que hacer sentir, una fuerza que hacer pesar. Una aristocracia que no deje decir, ni pensar siquiera, que todos somos iguales, y que pruebe la desigualdad natural de los hombres como Diógenes probaba el movimiento: andando. Es decir, irguiéndose en toda su altura» (*El delito inmanente*, 1898). «Cuando no hay aristocracia, la sociedad es un ente amorfo, sin osamenta ni organización», dirá en *La aristocracia* (1896). Y en este mismo artículo queda claro el sentido activo y de tensión creadora que atribuye, y justifica, a las aristocracias. Con ello creo queda caracterizado este sentido aristocráti-

co-minoritario de la conducción social y política y de reacción heroica e individualista frente a lo que trae de nivelación la democracia, según él.

Dentro de la misma línea hay que situar su actitud ante el socialismo. Lo que ve Maragall en el socialismo es, ante todo, el colectivismo, el antiindividualismo, con la estatalización, la burocratización, la nivelación social y, en consecuencia, la anulación de la acción personal y de la individualidad. En su clamor contra el socialismo se reúnen la reacción individual contra la nivelación, contra la acción colectiva y contra lo que supone el socialismo de estatalización, burocratización y abstracción del hombre concreto y vivo. En el primer sentido es claro este texto del artículo *Contra el socialismo* (1895): «El que sienta en su naturaleza individual latir una superioridad cualquiera, ¿se resignará a confundirla con la mecánica actitud del que machaca piedra, o dejarla absorber en esa abstracción mortalmente niveladora y anuladora que es la sociedad de los socialistas?...» Los textos podrían repetirse y acumularse en apoyo de esta tesis. Otro de los aspectos en que plasma la actitud frente al socialismo es por lo que éste puede suponer de vida impersonal, formalizada, abstracta. Ello nos introduce en otro aspecto muy significativo de la posición de nuestro autor.

Hay una reivindicación en Maragall de lo concreto, de lo inmediato, de lo vivo, frente a todo aquello que supone abstracción. Ahora bien: lo importante y significativo es lo que se entiende por una y otra cosa. Dentro de una reacción muy representativa, hay un común achaque en Maragall y en otros nombres que mencionaremos, a muchas de las instituciones del sistema político vigente, acusándolas de abstractas; así, la centralización, el mecanismo representativo, el sistema de adhesión política centrado en torno a ideas más que personas, la acción colectiva formalizada, etc., etc. Frente a ello, lo concreto es la acción individual, la adhesión personal, la tierra inmediata en que nacemos y vivimos, etc. De la misma índole es la exaltación del sentimiento frente a la razón «definidora y abstracta»; así, dirá en *El Palacio* (1906): «Pues el peligro de las definiciones está en esto: en subordinar el sentimiento a la abstracción y destruir así el espíritu vivo de las cosas.» Muy significativos son los artículos *La vuelta al caos* (1911), *Preparar los caminos* (1911), *Réplica* (1911). «¿Qué humanidad, ni qué sociedad, ni qué entidad, ni qué Estado? Hombres, hombres. Sólo el hombre mueve bien al hombre», dice en el primero. «Querer

resolver todo esto con fórmulas generales y con instituciones *a priori* y con leyes políticas, es querer eludir la única ley verdadera, la única institución eficaz, la única fórmula viva: la que Dios puso en cada corazón para ser cumplida en el personal esfuerzo. Vuestro prurito de generalizarlo y socializarlo todo es un prurito de debilidad de vuestro corazón: salís a redimir la humanidad para huir de vuestra humanidad y sus colonias; salís a fundar un hospital, dejando abandonado vuestro enfermo en casa», dice en el tercero. Por último, uno de los aspectos en que se presenta el regionalismo para Maragall es dentro de esta línea de la defensa de lo vivo frente a la vida desarraigada y abstracta. La región representa lo inmediato, los intereses concretos, un ambiente integrador, al contrario de lo que trae la centralización. Ello es muy típico del momento europeo. Recordemos, por no citar más que un nombre, a Barrés, nacido en 1862, coetáneo de Maragall (Ortega, en el ya citado prólogo, lo colocaba en la misma generación que Unamuno y Ganimet). Y precisamente Maragall, comentando el libro de Barrés *La energía nacional*, dirá: «El Estado, la Francia, la República: este verbalismo administrativo es todo el ideal que sabe comunicarles. Los desarraiga del suelo regional, del suelo local, donde naturalmente deberían desarrollarse y dar sus frutos propios, y los prepara para... empleados. La Universidad —dice Maurice Barrés— ignora o desprecia las realidades palpables de la vida francesa... Los deja ignorantes de que pertenecen a una raza viva, de que el suelo de su país es una realidad, y de que más vivo y más real aún que las razas y el suelo, hay el espíritu de cada pequeña patria, instrumento de redención para cada uno de sus hijos.» Y con la crítica, positivamente, en esta vuelta a las instituciones y organismos concretos vivos, ve la salvación, un gran instrumento de vida y regeneración política y social. Decíamos que era un fenómeno general europeo. En España, al lado del nombre de Maragall, cabría citar otros. Nosotros traeremos a colación unos textos de Ganimet muy expresivos. Ganimet, en diálogo con Unamuno, en *El porvenir de España*, le dirá a éste, contestándole: «Se explica perfectamente este movimiento instintivo de la nueva generación en busca de una realidad en que afirmar los pies, eso que se ha llamado movimiento regionalista, aunque propiamente no lo sea... El día en que haya en las diversas capitales de España hombres de talento y prestigio que estudien los verdaderos intereses y aspiraciones de sus comarcas y los fundan en un plan de acción na-

cional, dejarán de existir esos engendros de Gabinete en que hoy se nos gobierna y habremos entrado en la realidad política» (páginas 1.102-1.103 del tomo II de las *Obras completas*, Aguilar), y «La alianza que usted [Unamuno] establece entre regionalismo, socialismo y lo que llama carlismo popular, suena a cosa incongruente, y, sin embargo, es la forma política en la nueva generación y es practicable dentro de la actual. Municipio libre que sirva de «laboratorio socialista» —la frase es de Barrés— y del cual arranque la representación nacional, que los electores tienen abandonada, una representación efectiva que sustituya a la ficción parlamentaria y una autoridad fuerte, verdadera, que garantice el orden y la cohesión territorial. Esta combinación da más libertad práctica que la actual centralización» (pág. 1.106 de *idem*). Cuatro hombres, pues, de la misma generación y de gran importancia y representatividad, se pronuncian en el mismo sentido. Y obsérvese que cuando Ganivet y Unamuno, como Barrés, se refieren al socialismo, rechazan explícitamente el socialismo estatal, para defender una acción que arranque del Municipio, de la vida local. Es verdad que Ganivet rechaza la región y el regionalismo, pero en cierta manera, apoyándose en los mismos argumentos con que ataca al centralismo estatal. A él lo verdaderamente vivo le parece el Municipio, la Ciudad, el Pueblo. Sea ello lo que fuere, se parta en Maragall de la región, o, como en Ganivet, del Municipio, lo claro y significativo es la voluntad de ir a lo concreto y lo vivo, que se ve en esos organismos, atacando todo lo que les parece abstracción; así, la centralización, el socialismo estatal, etc. Pero es que, además, en Maragall, lo que genéricamente podríamos llamar regionalismo, no acaba en la región: tan real y natural es el Municipio y la vida municipal, igualmente centro fecundo de acción. Y para acabar de perfilar el sentido de esta posición, añadamos que, tanto Maragall como Ganivet, rechazan el federalismo de Pi y Maragall, precisamente acusándole, entre otras cosas, de abstracto.

Muy en la línea de las posiciones anteriores está su actitud de crítica a la democracia parlamentaria y de defensa de principios personalistas y, en cierta medida, irracionalistas en el gobierno de la sociedad. El piensa que los mecanismos de representación y conducción democrática al uso, aun desde el mismo ángulo popular, no son los más aptos para gobernar y suscitar la adhesión popular y los que verdaderamente traducen y reflejan la voluntad del pueblo. La crítica se dirige al sistema democrático parlamentario, es

decir, al basado en el sufragio universal, los partidos políticos, la soberanía nacional y la omnipotencia parlamentaria. Hay que subrayar que cuando se trata de este tema la crítica se centra sobre el mecanismo del sistema en Francia, Italia y España, es decir, los países latinos. Sabemos que en los países centroeuropeos el sistema no era puramente parlamentario, e Inglaterra queda al margen de sus críticas, lo cual es lógico por la manera peculiar de funcionamiento del sistema en dicho país. La crítica en Maragall, entrando ya en materia, es aguda. Se vertebra de la siguiente manera: en el plano normativo, las ideas sustentadoras de la ideología democrático-liberal son tachadas de abstractas, de ajenas al sentir popular, de disolventes; así, dirá: «Igualdad, derechos del hombre. Buen sentido: abstracciones que escapan a toda discusión verdaderamente científica; fórmulas decorativas, sin otro aspecto positivo que provocar y expresar el sentimentalismo vanidoso, en virtud del cual la multitud se hace ilusiones sobre sus propios actos, mintiéndose a sí misma» (*Tomás Carlyle y la democracia, 1901*). Igualmente, el sufragio universal, el mecanismo representativo y el parlamentarismo. En el mismo artículo citado más arriba, haciéndose eco de la crítica de Carlyle: «De ahí la omnipotencia del Parlamento democrático, que, según Carlyle, puede definirse: la ficción capital legislativa merced a la cual el país se impone legalmente a sí mismo su propio desorden.» En *La República Francesa* dirá duramente: «Y como quien dice democracia dice debilidad y mediocridad y pasiones bajas, y quien dice parlamentarismo dice omnipotencia de cuatro abogadillos advenedizos y charlatanes...» (1893). Las críticas en este campo son numerosísimas. Volveremos a tratar del tema al enfrentarnos con su crítica del sistema político español. Aunque las posiciones son de principio, la actitud polémica se construye, sobre todo, en función de la situación en los países latinos, donde le parece que el sistema funciona especialmente mal y falsea radicalmente la vida política.

Frente a ello, lo que hemos llamado «irracionalismo» y «personalismo» político. «El pueblo necesita ser gobernado en carne y hueso..., porque el cerebro popular nunca ha sido ni será apto para las abstracciones» (*El delito inmanente, 1892*). Esto le lleva a una exaltación de la Monarquía: el monarca, a sus ojos, encarna de una manera más auténtica el alma popular (notemos lo que aquí se encierra de tesis romántica del alma popular, tesis que aparece frecuentemente en él). Esa posición monárquica se explicita cla-

ramente en los artículos *El santo del Rey*, *Si yo fuese Rey*, *El Zar*, etcétera. De este último es el siguiente texto: «De todos modos, es muy frecuente encontrar en el monarca como un sustrato y suprema expresión individual de su pueblo, no sólo en los grandes rasgos característicos y permanentes de éste, sino hasta en la frase transitoria de su evolución en un momento dado.» «Y esto que parece que debería suceder más en los Gobiernos electivos; en las Repúblicas, con respecto a sus primeros magistrados, a sus presidentes, sucede menos. Porque estos Jefes de Estado son hijos de Asambleas del sufragio universal, que pretende representar la voz, el espíritu de la nación, y no es más que una representación meramente externa, superficial, artificiosa, que depende precariamente de circunstancias y contingencias capaces de falsear, que falsean casi siempre, la sinceridad de aquella voz del verdadero fondo de aquel espíritu.»

Quede bien claro que Maragall no pretendió nunca levantar unas barreras infranqueables entre el pueblo y las minorías. Siempre predicó la autenticidad de lo popular y el deber de buscar la inspiración en el alma popular, en lo más auténtico de ella. Si defendía los derechos de las minorías y el carácter minoritario de la conducción política, pedía a ésta completa autenticidad popular. Precisamente él reprochaba a los mecanismos políticos al uso, como acabamos de ver, que no encarnaban ni representaban adecuadamente, entre otras cosas, el alma popular.

Con lo dicho en las páginas anteriores creemos haber puesto de manifiesto, más o menos imperfecta y brevemente, el sistema de ideas y preferencias con que Maragall se enfrenta a la realidad política. Al mismo tiempo hemos tratado de poner de manifiesto el enlace y la comunidad ideológica con algunos de los pensadores españoles y europeos más representativos del momento que participan de esas corrientes de reacción y rebeldía. Ahora, desde estas perspectivas previas, examinaremos su reflexión sobre la realidad política y social española presente a él; su posición crítica, puesto que la hay; su diagnóstico de los males de su país, y su visión regeneradora, finalmente. Una idea clave en la visión del autor del *Cant espiritual* es la idea regionalista. No solamente que el ideal regionalista sea el cauce por el que se expresen las aspiraciones catalanas, sino que cabalmente lo ve como el gran instrumento de regeneración de España y de edificación de la convivencia peninsular sobre unas bases más fecundas y firmes. Así, pues, en el ideal regionalista no hay que ver, en Maragall, sólo la vertiente inte-

rior, catalana, sino también la exterior, española; es este aspecto del regionalismo en Maragall el que nosotros vamos a examinar en el presente trabajo. Y ahora entremos ya en el análisis de la visión española de Juan Maragall.

* * *

Ya hemos dicho que la obra en prosa de Maragall, donde se vierte lo que ahora nos interesa, se desarrolló en forma de artículo de carácter periodístico. Esto tenía la ventaja de su accesibilidad y de su difusión al llegar de manera fácil a amplios sectores del público. Su labor se extenderá a lo largo de unos veinte años, desde la última decena del siglo, aproximadamente, hasta 1911, fecha de su muerte.

El problema, en sus términos más simples, se plantea así: ¿Cómo vió Maragall la España de la Restauración, la España en que le tocó vivir? Con su visión nos vendrá dada, naturalmente, su actitud, actitud que fué, desde luego, crítica y de inconformidad.

Maragall no fué un político ni participó activamente en las luchas políticas. El quiso mantenerse por encima de las pasiones y partidos en lucha y no perder así su serenidad y comprensión. Ni su personalidad ni la labor que se había propuesto le inducían a ello. El quiso ser un orientador, un guía; y éste es el carácter de su obra. No habrá que pedirle, pues, programas y soluciones detalladas. No pensemos, por otra parte, que todo en su labor fué mera crítica; su misma esperanza se lo impedía. El, al hilo de su crítica, señaló por dónde debían orientarse los esfuerzos y apuntó por dónde él creía que podría venir la solución.

Pero antes de entrar en materia conviene precisar un rasgo con el que se presenta a nuestra vista la obra de Maragall; rasgo que quedará claro después de nuestro examen de su visión española. En muchos de los hombres que se plantearon el problema de España en su existencia como comunidad y el de su regeneración, encontramos una investigación de tipo histórico sobre España. Pero conviene precisar el carácter de esta visión histórica de España, visión desde supuestos históricos románticos. Se preguntan: «¿Qué es España?», y para contestarla se recurre a la historia, entre otras cosas. Hoy sabemos —desde nuestra perspectiva historicista— lo poco histórica que es esta visión, visión de carácter sustancialista, que supone en cierta manera la negación de la historia. Se preguntó so-

bre el «ser» de España, y para responder a ello se recurre a la historia, pero negando la historia como proceso irreplicable. La respuesta a la pregunta «qué es» España condiciona el sentido de la obra de regeneración, que se debe orientar en el sentido del «ser» de España. Para citar un nombre coetáneo de Maragall, recordemos a Ganivet y su *Idearium Español*. Esta visión española da un sentido retrospectivo a la obra de regeneración, con mengua del proyectivo propiamente dicho: la regeneración, más que en una tarea a realizar de cara al futuro que aglutine y levante las energías nacionales, más que en el sentido de un «proyecto sugestivo» que alzar y llevar a cabo, se ve en el sentido de una restauración del «ser» de España, de la línea que este «ser» indica. Pues bien: en Maragall falta una construcción de carácter reseñado. Maragall, aunque participó de ese pensamiento de tipo histórico-romántico, no elaboró una visión sistemática del «ser» de España del carácter dicho. Su visión pluralista de España, anclada en lo más profundo de la naturaleza peninsular, no se puede cargar a ella, sino que se elabora sobre un hecho presente a sus ojos. Su visión de la vieja España, que él identificaba, como veremos, al espíritu castellano, tampoco es propiamente de ese carácter. Es la visión de una concepción de la vida, de una civilización vigente en España, que a sus ojos encarna históricamente en Castilla, y que si bien arranca de lo más profundo del carácter castellano, como civilización tiene unas fechas determinadas y es cosa perecedera, y en cuanto a fruto apropiado del carácter castellano, tiene que ver más con la psicología colectiva (o con determinados rasgos de ella) que con el tipo de visión sustancialista reseñado. Como hemos dicho, en cuanto a concepción del mundo y civilización, tiene un carácter perecedero y una vigencia pasajera. Y si esta civilización era muy apropiada al carácter castellano (o a algunos de sus rasgos), la existencia de Castilla no se vincula a ella, ni, desde luego, la de España. Finalmente, sólo define el modo de ser español en un momento determinado, pero que puede y debe desaparecer, lo cual demuestra que no tiene un carácter inherente al ser de España. La visión de España en Maragall se centra en el presente: cómo se le aparece España en su actualidad. Lo que más hay es la constatación de la presencia de unas formas de vida en España que vienen del pasado. Además, la obra de Maragall tiene un sentido proyectivo, en el significado orteguiano del término, no del carácter retrospectivo más arriba reseñado y que se da en algunos de sus coetáneos, o en hombres de

generaciones anteriores o posteriores. Lo que hay de visión histórica en nuestro autor no condiciona el futuro, o, si lo condiciona, es negativamente, como reacción. Después quedará más claro el porqué del carácter proyectivo que atribuimos a su obra.

La crítica de Maragall no se reduce al aparato político de la Restauración; él pensaba que la raíz del mal era mucho más profunda. Sánchez Agesta ha señalado cómo los escritores de las últimas generaciones del siglo, por contraste a los de las primeras generaciones, así los hombres de Cádiz, no participaron de la creencia común a éstos (y que no es algo peculiar de España, sino general europeo), que veían en el constitucionalismo, es decir en una solución estrictamente política, el remedio a los males del país. En los hombres de estas generaciones de finales de siglo, empezando por Costa y siguiendo por los otros, el problema español requiere una serie de remedios que van más lejos y calan más hondo que las soluciones puramente políticas. Esto es algo que se puede observar leyendo las declaraciones de los hombres de Cádiz y comparándolas con lo que dijeron estos hombres del último cuarto del siglo XIX. Así se plantea el problema en Maragall. La ilusión del constitucionalismo ha desaparecido, una Constitución es letra muerta cuando faltan las bases sociales, educacionales, etc., necesarias para su existencia. Así, dirá Maragall en un texto, en la línea de esta posición: «Para salir de dudas convenía, ante todo, hacer de estos veinte millones de hombres veinte millones de ciudadanos; y para esto no bastaba declararlos tales en una Constitución, ni en diez Constituciones, sino que era menester hacerlos primero hombres civilizados...» (*El maestro y el padre*). No basta declarar una serie de derechos e instaurar un Gobierno representativo, proclamar el sufragio universal, etcétera, cuando al pueblo le falta la educación y el sentido cívico necesario para desempeñar esos derechos, cuando las provincias viven en un estado de total apatía, cuando el divorcio entre la capital y las provincias es total... Entonces resulta ese artificioso sistema político presente a los ojos. Hacen falta reformas de estructura que van desde la educación y la incorporación de España a la vida moderna a una revitalización de la vida provincial, etc. En cuanto al aparato político en vigor, no hace sino resaltar más los males.

En última instancia, en lo más hondo, lo que sucede es que el país ha perdido el pulso, la vitalidad, y se encuentra en un estado de postración y apatía. Es muy corriente en esos años comparar España a un enfermo, lo cual revela la hondura del mal. Estas pa-

labras resuenan en Maragall. En *La crisis del parlamentarismo* (1897) dice: «No hablemos de España...; el país es un enfermo que ha llegado ya al estado de no sentir la enfermedad ni preocuparse poco ni mucho por remedios que prolonguen su agonía.» En *El discurso de Lord Salisbury* (1898) dirá: «España está enferma, no hay duda; pero falta saber si la enfermedad está en la fuente de su vida nacional, o solamente en el elemento político que la dirige...» A raíz de la publicación de un libro que planteaba las responsabilidades en torno al desastre de nuestra Escuadra en el 98, Maragall —que a lo largo y antes del conflicto vió con toda lucidez los enormes errores, tanto políticos como militares, que se cometieron, acompañados de la falta de información de la opinión e impericia del Gobierno—, comentándolo, dice: «Duerme el pueblo recostado en su historia, duermen los políticos en un sonambulismo agitado por voces incoherentes, duerme la opinión torpemente hipnotizada en esas voces vanas, y duermen todas las fuerzas e institutos nacionales, ¡todos!» (*La escuadra del almirante Cervera*, 1900). En el artículo *Hamlet* (1899) nos lo dice claramente: Todos los afanes de reforma quedan en fuegos fatuos, «porque lo que le falta al pueblo español no son motivos ciertos, ni madurez de los tiempos, ni ocasión para mostrar sus fuerzas, ni objetos en que ejercitarla con justicia y eficacia; lo que le falta es esta fuerza misma, energía para la reacción, alma». La crítica no puede ser más dolorosa: a Maragall el panorama se le presenta francamente sombrío. En *La espaciosa y triste España*, escrita en 1911, pocos meses antes de morir, es cuando su acento suena más patéticamente. Verdaderamente causa escalofríos leer este artículo, en que todo es dramático, desde el mismo título... «Esa gran realidad española que nos gobierna a todos: espaciosa y triste, sí; espaciosa por lo deshabitada y triste con una descomunal tristeza...» «Es esta realidad que se ha hecho indómita a todas las civilizaciones que le han tocado y sólo han podido dejar en la superficie de ella o en sus bordes unas ligeras costras superpuestas que a veces nos dan la apariencia y la ilusión de ser un Estado, pero sin penetrar nunca en la masa ni lograr cohesión en ella, repelidas siempre por la brava independencia de cada tribu...» «El pueblo, políticamente, no existe...» «España, políticamente, es nada.» La confesión es dolorosísima y, sin embargo, al final parece dejarse abierto un resquicio a la esperanza: «Y no puedo ya más. Dejadme ahora. Si hay todavía redención civil para este pueblo, no lo sé, ni lo quie-

ro saber en este momento...», o, por lo menos, la duda queda abierta.

Los testimonios que hemos presentado revelan un profundo pesimismo y expresan la gran hondura del mal español a sus ojos. Sin embargo, en muchos de estos artículos y en otros Maragall deja abierta la puerta a la esperanza. Hay un juego constante en su obra entre pesimismo y esperanza. Ya veremos más adelante por dónde se vislumbra la salida, a su parecer.

Sobre este fondo, visto en los términos acabados de reseñar. términos y expresiones abundantemente utilizados por otros escritores y publicistas españoles para expresar la misma idea, es decir, la situación de profunda postración del país, la crítica se completa en una serie de aspectos más concretos. En 1900 escribe: «La religión, las costumbres, el sentido jurídico, el respeto a la autoridad, el amor al trabajo, las fuerzas morales, en una palabra, estaban desde mucho tiempo decaídas o pervertidas, por causas generales o especiales del país. No estaban más sanas y vigorosas las intelectuales, y nuestra inferioridad en este punto, sobre todo en el aspecto de la moderna civilización industrial, revelábase con mortificante evidencia. Las fuerzas políticas y su ejercicio, las corruptelas de los partidos y el funcionamiento de los gobiernos y administración, eran también allí severamente criticados, y finalmente reconocida, al través de muchos siglos, la creciente postración económica.» (*El señor Durán y Bas, ex ministro.*) En dos artículos escritos bajo la presencia invisible de Giner de los Ríos, interlocutor en el diálogo, el problema español se presenta como un problema de educación, de educación social: «Habíamos convenido en que el mal de España no estaba en la masa popular, en la primera materia, sino en su función social; era un pueblo que, tomado individuo por individuo parecía de tan buena pasta como cualquier otro; pero que, tomado en su conjunto, resultaba inepto para organizarse socialmente...» «Era menester hacerlos primero hombres civilizados, darles su congrua de cultura, y con ello la potencia social, la inervación, la función política, y entonces sí que habría, sin duda alguna, un pueblo español. El problema de éste era, fué, evidentemente, un problema de educación» (*El Maestro y el Padre, 1906*).

Otro tema que resuena frecuentemente en Maragall es el de la falta de simbiosis entre Madrid y las provincias. La capital es un centro que no se nutre de las savias provinciales y las amalgama

en una acción auténticamente nacional, sino que se agota en sus propias agitaciones internas; las provincias se consumen faltas de un amalgamador. «Y así entre la capital y sus provincias no hay continuidad de vida, no hay latidos isócronos, no hay comunión verdadera.» «No, no es culpable la capital, no son culpables las provincias; la gran culpa es el desierto material y moral que las separa» (*La Capital*, 1900).

Por otro lado, si es evidente, coincidiendo con ese estado de postración y somnolencia del país, que hay muchas provincias «muertas», faltas de vitalidad, es verdad también que el panorama no es general, advertimos en algunas un resurgimiento, un proceso de expansión, una vida, una inquietud renovadora. (No olvidemos la circunstancia catalana de Maragall, siempre presente en él, y el impulso en todos los órdenes de Cataluña en estos años.) Pero todo ello chocó, elementos aún aislados y minoritarios, con el ambiente todavía predominante. Y aquí aparece el tema de la España viva y de la España muerta: «Aquí hay algo vivo gobernado por algo muerto, porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba» «*La Patria Nueva*, 1902). ¿Y quién personifica esta España viva y quién la muerta? La España muerta es primeramente la España oficial; la España viva se encarna en esas regiones, aún minoritarias. El problema mismo de la regeneración española está planteado en esta dualidad y así nos lo presenta Maragall en el artículo acabado de citar. Pero antes de entrar en ello conviene completar el perfil de esta España oficial. Ello nos lleva de la mano a la crítica del aparato político vigente.

En la crítica confluyen ideas doctrinales y observaciones sobre la realidad, es decir, las posiciones de principio de Maragall ante el régimen democrático parlamentario y las reflexiones que le motivan la aplicación concreta de este régimen a España. Claro que estos dos planos no son separables; aunque su actitud ante el sistema inherentemente no era demasiado favorable, su posición crítica se veía considerablemente acrecentada por lo que le ofrecía el funcionamiento de dichas instituciones en España, como vamos a ver.

En algunos de sus artículos Maragall nos ha dejado un juicio general sobre la Restauración. En 1894 escribe —comentado un libro de un autor francés, favorable a la Restauración—: «Lo de que marche bien (España) es una afirmación de exactitud muy relativa: que andamos menos mal que en tiempo de la Revolución a la vista está; que podríamos andar mucho mejor, está en la con-

ciencia de todos los españoles. Lo que de nuestro relativo bienestar sea debido a hallarnos regidos por una Monarquía Nacional, es indudable. Pero lo de que sea un principal mérito de nuestras instituciones el haberse hecho democráticas lo negamos rotundamente. Precisamente creemos que si algo nos estorba de andar tan bien como M. Benoist cree que andamos, es la democracia que nos han echado encima.» «Léese en su prefacio que la mejor forma de gobierno es la que más se adapta a las condiciones de la vida nacional; la que mejor da la imagen de la nación. Pues bien; ¿puede M. Benoist creer desapasionadamente y con conocimiento de causa que España es una nación de espíritu y costumbres democráticas?» (*Juicio de la Restauración Española*). Aquí vemos jugar los dos planos a los que aludíamos más arriba: las preferencias del autor y lo que le ofrece la realidad española, claro que en mutua interferencia. En 1897 escribe: «La Restauración, que acabó con la anarquía política, que dió a España la paz material por espacio de veinte años, que garantizó la seguridad personal a los individuos y procuró a la nación un cierto decoro ante el mundo, no supo, quizás a causa de lo perentorio de estas mismas atenciones, infundir a sus partidos verdaderos ideales: El pueblo quedó aletargado en el necesario reposo de las crisis pasadas...» (*El partido conservador*). En estas líneas resuena un reproche, abundantemente dirigido a la Restauración, que si trajo paz, no supo infundir auténtica savia a la vida pública nacional, falta de verdaderos ideales y de un auténtico juego político que llegase a todos y en que participasen todos: el pueblo apartado y alejado de él, los partidos encerrados en sus luchas e intrigas.

El mal es doble. Falta primeramente en el pueblo las condiciones necesarias para llenar de contenido esas instituciones democráticas y representativas: «Para constituir una democracia viable, lo primero que se necesita es un pueblo democrático...» «En España menos que en ninguna parte tiene el pueblo aquel indispensable discernimiento: Con igual entusiasmo vota a Salmerón que votaría al Bobo de Coria si se presentara como candidato republicano», dirá en *La Democracia* (1893). Y en este mismo artículo, esa realidad española le hace exclamar: «Entre tanto, ¡fuera los mecanismos democráticos, que ya tenemos mecanismos vacíos, muertos, que hoy no sirven más que de estorbo y confusión, traídos por políticos escépticos e inconsecuentes! Ya estamos hasta la coronilla de parlamentarismo, y sufragio universal, y de jurado y de

palabrería. Hay que arrinconar todo esto hasta que podamos llenarlo decentemente». En términos parecidos se expresa en *Las Batuecas* (1893). En España los mecanismos representativos vigentes fallan por completo, el sistema parlamentario revela agudamente sus peores lacras. Los defectos comienzan en la base, como hemos visto más arriba. Esta realidad hipoteca duramente la existencia de una democracia, de una participación del pueblo, sea cual sea el mecanismo de representación; aunque el régimen democrático parlamentario los acentúa.

Pero donde culminan los males es en la clase dirigente. Dado el papel destacado que atribuía a una buena clase dirigente, es lógico que Maragall sintiese dolorosamente el problema en España: «En España menos que en ninguna parte, hay aquellas indispensables clases directoras en el buen sentido de la palabra; aquí no hay más clase directora que la respetable clase de los caciques; los demás todos somos dirigibles; falta vigor y falta cultura» (*La Democracia*). He aquí un significativo testimonio de cómo veía los partidos políticos españoles, poco después de la muerte de Cánovas: «... Desde la Restauración acá el partido conservador, como los demás partidos políticos españoles, se ha constituido principalmente por meras atracciones personales: atracción de intereses, atracción de simpatía, atracción de pasiones, todo de persona a persona, para la unión como para la desunión, para la alianza como para la lucha, sin que por encima de todas esas cohesiones o repulsiones personales flotara nunca un principio superior que las dominara, un ideal capaz de inspirar a los individuos el sacrificio de sus intereses y pasiones, ni de hacer levantar los ojos de la multitud más allá de la estatura normal del jefe de cada bando.»

Este panorama, en que se unen crítica de un sistema, falta de preparación y educación en las masas, ausencia de auténticas minorías, culmina en su visión del parlamentarismo español sobre el que se vierten sus más aceradas y agudas críticas. La obra de Maragall está llena de testimonios de la opinión que le merecía el parlamentarismo español. Nosotros vamos a traer a colación uno en que esta crítica es el tema central, entresacando algunos párrafos. es el artículo *La regeneración política*, de 1899: «En España el sistema parlamentario funciona al revés. Esto es, que así como en Inglaterra y en Francia el Parlamento es antes que el Gobierno, y los ministros salen de la voluntad de las Cámaras, en España el Parlamento se hace después que el Gobierno, y a gusto de éste, por

el sistema del encasillado, que es, como si dijéramos, de la farsa electoral. Y este vicio de origen trasciende a todo su funcionamiento. Por esto aquí los cambios de gobierno nunca son los normales del sistema; aquí los gobiernos no se van por haber perdido unas elecciones (que nunca pierden), ni vienen por haber logrado una mayoría en las Cámaras. Van y vienen por sucesos exteriores, por un motín de cadetes, por incompatibilidad de humor entre los ministros, por corazonadas, etc. Nuestro régimen sólo puede llamarse parlamentario por la dependencia inversa que hay del Parlamento respecto del Gobierno, por ganarse las carteras a fuerza de discursos (cuando no se reparten en las tertulias domésticas), y porque los diputados y senadores piden y obtienen favores del Gobierno a cambio de servicios parlamentarios. Esto quiere decir que sólo tenemos un sistema parlamentario en el mal sentido de la palabra.» «...Los tumores del parlamentarismo español son las oligarquías políticas y el caciquismo.» Creo que no necesitan muchos comentarios estas palabras. En la última frase resuena el eco del libro de Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*. Apartando lo que haya de exageración y de recargo de tintas, el análisis se revela cierto en sus rasgos fundamentales. Ello se completa por los epítetos que dirige a la clase política parlamentaria.

La crítica del aparato oficial se redondea con los ataques a la Administración española y al centralismo.

Así, pues, apatía y falta de preparación en las masas, incapacidad y falta de ideales en los dirigentes, todo ello envuelto en la cáscara vana del sistema. Esta es la España muerta, que si como dijimos identificaba primeramente con la España oficial, había que extender a una gran parte de España, a esa España cuyo perfil nos ha trazado según las líneas que acabamos de ver.

Ahora bien, en este panorama observa Maragall algunas notas discordantes, discordantes para bien. La nota discordante la dan algunas regiones —cabalmente la España viva a sus ojos. El problema mismo de la regeneración española viene planteado en este dilema como dijimos; el artículo *La Patria Nueva* nos parece fundamental por la claridad con que nos presenta los términos del problema. Acudamos a él:

«Para que el catalanismo se convirtiera en franco y redentor españolismo sería menester que la política general española se orientara en el sentido del espíritu moderno que ha informado la vida

actual, no sólo de Cataluña, sino también de algunas otras regiones españolas progresivas. Mientras todas ellas continúen gobernadas por el viejo espíritu de la España muerta; mientras decir política española equivalga a decir absorción, fraseología y administración contra el contribuyente entregada por el favor a tantos altaneros mendigos (por no decir cosa peor) de levita, es imposible que ninguna región civilizada de esta España sea sincera y eficazmente españolista.»

«Pero cabalmente estas regiones —se objeta— son las que deben transformarla creando una política y una administración nuevas y adecuadas a su espíritu y a sus necesidades, siendo españolistas de una España moderna que ha de ser su obra, y que habrán de amar como fruto de sus entrañas.»

«Esto se ha dicho mucho, y parece imposible que no se haya hecho ya: tan natural y lógico se presenta a la razón; y como el no haberse hecho y el persistir a causa de ello el desvío de aquellas regiones, parece abominable egoísmo o perjuicio criminal de su parte, hay que decir de una vez las causas de su inacción.»

«La primera de estas causas es la inferioridad política actual de dichas regiones (que están en pequeña minoría) frente del viejo espíritu central representativo de la gran masa de la España muerta y que caduco y todo, vacío, momificado, tiene todavía una superioridad, si no suficiente ya para hacer política alguna positiva, bastante aún para neutralizar, para destruir, o, lo que es peor, para corromper toda iniciativa salida de aquellas pequeñas porciones de España que, al trabajar en su desarrollo económico y social, han abandonado, por descuido o por inercia, la función política en manos que han resultado ajenas.»

«Aquí hay algo vivo gobernado por algo muerto, porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba. Y siendo ésta la España actual, ¿quién puede ser españolista de esta España, los vivos o los muertos?»

«En una España tal, un Romero Robledo, por ejemplo, parece y es en realidad más español que cualquier diputado o ministro vascongado o catalán, cuya solidez de criterio o rectitud de intención enmudecen y se acobardan o transigen ante un matonismo parlamentario o de tertulia que habla rotundamente en nombre de España, que da y quita patentes de patriotismo, y que anatemiza *urbi et orbi*, como filibustero, todo impulso de vida que intenta penetrar en la gran momia política. El hueco anatema resuena gran-

diosamente por los ámbitos de la vasta necrópolis nacional ahogando el grito de vida aislado en la pequeña región de los vivos que no saben gritar: Zona neutral... ¡Separatismo! Concierto económico... ¡Separatismo! Organismos autónomos... ¡Separatismo! ¿Cómo podemos ser españoles de esta España? Helo ahí el dualismo tremendo.»

«Tremendo, sí; pero ¿irremediable, irreductible a una nueva unidad española vivaz y fecunda?»

Es decir, hay un elemento vivo que tropieza con algo muerto que aún conserva gran fuerza como para neutralizar el primero. Una primera postura sería replegarse sobre sí mismo y apartarse en vista de la aparente inutilidad del esfuerzo. Ahora bien, Maragall no adopta esta postura: él recomienda —y su recomendación se dirige especialmente a los catalanes— no abandonar la lucha, sino procurar encaminar a España por esas vías. Y aquí surge el problema de cuáles son esas vías.

A lo largo de los párrafos transcritos del artículo citado Maragall ha pronunciado unas palabras: «Espíritu moderno», «España moderna». Resulta que esas regiones se orientan en el sentido del espíritu moderno. Y nuestro autor da a entender que esa es una de las vías de la regeneración: la incorporación de España a la vida moderna. Ahora bien, ¿qué entiende por vida moderna? No presenta el término un significado concreto, pero por el sentido que le da Maragall, del contexto en que surge, de los lugares donde localiza esa vida y aun de algunas declaraciones más explícitas, lo deducimos. Vida moderna significa nivel ciudadano y cultura cívica, civilización industrial y vida económica activa, trabajo, cultura y educación, un pueblo políticamente más o menos activo, una Administración eficiente, etc., etc. Testimonios de ellos hay en *El discurso de Lord Salisbury* (1898), en *Hamlet* (1899), en *El Maestro y el Padre* (1906), en *La espaciosa y triste España* (1911), en el ya citado *La Patria Nueva* (1902), etc. Y como dijimos, España debe orientarse hacia esa vida moderna tal como nos la ha presentado. Hay algunas regiones que se han incorporado a esa vida. Entre ellas aparece Cataluña, que encarna de manera eminente el nuevo espíritu. Frente a ella, Castilla se le aparece a Maragall como encarnando el viejo espíritu de España.

Conviene aclarar los términos de esta contraposición, no se mueve ahora Maragall en el mismo plano de la anterior contraposición, cuando oponía la España muerta que en gran manera se

identificaba con el oficial y abrazaba la que vivía en un estado de apatía, con la España viva.

Es otro plano, un plano más profundo, que alcanza al fondo de dos concepciones de la vida, podríamos decir; ya no se trata de apatía de un pueblo, de defectos de una época o un régimen, es algo que atañe a ese plano de dos concepciones de la vida, de dos civilizaciones. En *El sentimiento catalanista* (1902) la cuestión está claramente expuesta: «El espíritu castelano ha concluido su misión en España... La nueva civilización es industrial, y Castilla no es industrial; el moderno espíritu es analítico, y Castilla no es analítica; los progresos materiales inducen al cosmopolitismo, y Castilla, metida en un centro de naturaleza africana, sin vista al mar, es refractaria al cosmopolitismo europeo; los problemas económicos y las demás cuestiones sociales, tales cuales ahora se presentan, requieren, para no provocar grandes revoluciones, una ductilidad, un sentido práctico que Castilla no solamente no tiene, sino que desdeña tener; el espíritu individual, en fin, se agita inquieto en anhelos misteriosos que no pueden moverse en el alma castellana, demasiado secamente dogmática. Castilla ha concluido su misión directora y ha de pasar su cetro a otras manos... El sentimiento catalanista, en su agitación actual, no es otra cosa que el instinto de este cambio; de este renuevo. Favorecerle es hacer obra de vida para España, es recomponer una *nueva España*, para el *siglo nuevo*...»

En definitiva, lo que sucede es que gran parte de España permanece anclada en unas formas de vida, en una civilización que no son las del tiempo presente. Lo que quiere Maragall es que España se incorpore a la moderna civilización industrial y burguesa europea, a la que ya se han incorporado algunas regiones españolas. Sí, en la postración de España hay mucho que atribuir a defectos del régimen, a su apatía, a falta de pulso del país, pero además de todo esto, lo que hay en última instancia es un desfase: España está desfasada, aferrada a unas formas de vida que no son las del momento presente, las de Europa. Y a esta moderna civilización es a la que se debe incorporar.

El texto es muy representativo. Es representativo de los cauces por donde creía Maragall que debía orientarse la regeneración de España: incorporándose a la vida moderna europea, a la civilización industrial y burguesa. A esta moderna civilización se han incorporado ya algunas regiones; Cataluña encarna eminen-

temente esas nuevas formas de vida. Castilla representa ese viejo espíritu, espíritu que produjo altos y eminentes frutos en su tiempo, pero que no es apropiado a los nuevos; espíritu con el que Castilla marcó a toda España, por eso es algo que trasciende la estricta localización geográfica, «A raíz de la unidad del Estado español, el espíritu castellano se impuso en España toda por la fuerza de la Historia». El viejo espíritu debe ceder al nuevo: «Favorecerle es hacer obra de vida para España».

Lo dicho anteriormente no supone animosidad alguna contra Castilla. Precisamente si algo quiso ser la obra de Maragall fué ser obra de amor y armonía peninsular. Como ya hemos apuntado, ese espíritu no se localiza en el momento presente en la estricta región geográfica castellana. Por otro lado, en cierta medida ese espíritu trasciende, o puede trascender, de la misma Castilla, que si lo encarnó históricamente y marcó con él a España, su desaparición no entrañaría ausencia de Castilla en la nueva España que quiere Maragall. En esa España cabrían y tendrían algo que hacer todas las regiones españolas. «Y entiéndase bien que siempre que decimos política castellana, hegemonía castellana, espíritu castellano, no es que queramos delimitar en la región geográfica de las Castillas, ni en su población natural, el juicio que tal política, hegemonía o espíritu nos merecen, ni circunscribir responsabilidades, ni mucho menos fomentar antipatías completamente opuestas a nuestro ideal peninsular. Cuando hablamos de lo castellano en nuestro razonamiento queremos decir todo lo peninsular, incluso lo catalán, que por afinidad o razón histórica se ha ido incorporando y asimilando a aquel elemento rígido del alma castellana hasta constituirlo informador y representante de la política española durante cuatro siglos. Y cuando hablamos del espíritu o sentido catalán, tampoco entendemos algo nuestro exclusivo, sino aquel elemento de nuestro carácter que, por oposición a aquella rigidez, pueda ahora, también por afinidad y nueva razón histórica, atraer y agrupar los instintos de variedad y de libertad de todos los peninsulares, incluso los castellanos, hasta constituirse en informador y representante de la política nueva» (*El Ideal Ibérico*, 1906).

El tema acabado de tratar surge frecuentemente en la correspondencia de Maragall con Unamuno, correspondencia interesantísima y que merecería y necesitaría un estudio especial.

Por encima de lo que haya de pensamiento tópico en este planteamiento de la cuestión, aparece el deseo de Maragall de que Es-

paña se levante de su postración, salga de su atraso y se incorpore a la vida moderna.

Cabría plantearse, ya que hemos aludido a Unamuno, y puesto que aparece en la correspondencia entre ambos, la cuestión de la europeización en los términos concretos de la polémica de aquellos años, en nuestro autor. Ya hemos dicho que Maragall quería que España se incorporase a la vida moderna, a la civilización industrial y burguesa. El tema aparece en Maragall como incorporación a la «vida moderna», no en los términos de «europeización». Pero, en definitiva, sean cuales sean los términos empleados, eso era lo que él quería. Ahora bien, en su correspondencia con Unamuno se ve arrastrado a plantearse el problema en los términos con que se lo planteó éste, en una cierta incompatibilidad, o mejor oposición, entre dos concepciones de la vida europea y española. Su postura no es la de tomar decididamente partido por una u otra, y no queda muy clara. En última instancia lo que sucedía, a nuestro parecer, es que él no veía la cuestión en los términos de una disyuntiva. Quería que España se incorporase a la vida moderna, que era la de Europa, pero no pensaba que ello suponía «desespañolización» de España. Es decir, no creía que España y Europa fuesen términos incompatibles. España podía, y debía, incorporarse a la vida europea, sin que ello supusiese mengua. Sólo planteando la cuestión como una disyuntiva entre «ser» español y europeo, o entre cultura española o europea, se llegaba a otros resultados. En Maragall no se planteaba así, a nuestro juicio; como no se planteaba de esta manera en Giner de los Ríos o en Ortega y Gasset, por no citar sino dos altos representantes del programa «europeizante». Maragall, como estos autores, ve el atraso español: esta situación contrasta dolorosamente con la altura alcanzada por el resto de los países europeos, en concreto los occidentales; y lo que quería, lo que aquéllos querían, era que España saliese de su atraso y se pusiese a su altura. Lo repetimos de nuevo, pues conviene que la cosa quede clara: era una cuestión de atraso y progreso, no una cuestión de ser y no ser. Sólo los que la enfocaban desde esta segunda perspectiva la podían ver en términos de incompatibilidad.

El programa regeneracionista de Maragall se orienta hacia el futuro, como vemos. Precisamente él reprochaba a España mirar demasiado hacia su pasado y recrearse en los recuerdos de pasadas grandezas. La invitaba a mirar al futuro, a la vida que acaba im-

poniéndose —si se quiere— tras todos los desastres. Este es el tema de su emocionante *Oda a Espanya*, escrita en el crítico año de 1898:

.....
 «T'han parlat massa - dels saguntins
 »i dels que per la pàtria moren;
 »les teves glòries - i els eus records.
 »records i glòries -només de morts;
 »has viscut trista.»

.....
 «Massa pensaves - en ton honor
 »i massa poc en el teu viure;
 »tràgica duies -a mort els fills,
 »te satisfeis -d'honres mortals,
 »i eren tes festes -els funerals,
 »oh trista Espanya!»

.....
 «Salva't, oh! salva't - de tant de mal;
 »que el plô et torni feconda, alegre i viva;
 »pensa en la vida que tens entorn;
 »aixeca el front,
 »somriu als set colors que hi ha en els nuvols.» (6)

La visión española de Maragall culmina en el regionalismo. El regionalismo en él no es solamente el cauce en que se expresan las aspiraciones de Cataluña al reconocimiento de su personalidad, sino que el regionalismo tiene una proyección española, más: una proyección ibérica.

El regionalismo primeramente responde a una realidad indudable, el hecho de la variedad española o ibérica. A lo largo de la obra de Maragall aparece constantemente la constatación de la

(6) Te han hablado demasiado de los saguntinos y de los que por la patria mueren; tus glorias y tus recuerdos, recuerdos y glorias de muertos solamente; has vivido triste. Pensabas demasiado en tu honor y demasiado poco en tu vivir; trágica llevabas a la muerte a los hijos, te satisfacías de honras mortales, y eran tus fiestas los funerales, oh triste España. ¡Sálvate, oh!, sálvate de tanto mal; que el llanto te vuelva fecunda, alegre y viva; piensa en la vida que tienes alrededor; levanta la frente, sonríe a los siete colores que hay en las nubes.

diversidad de las tierras de España, con una personalidad propia y definida, la cual impone el reconocimiento de esa personalidad singular y que pueda desarrollarse libremente. Esto no se aplica solamente a Cataluña, sino que es un hecho general; aunque él no enumere explícitamente todas las regiones, sino que se fije en las de personalidad más definida: Castilla, Cataluña, Vasconia, Portugal..., con su lengua y cultura propias. Personalidad que hay que respetar plenamente, variedad de la que hay que partir y con la que hay que contar: pues la unidad española o ibérica sólo puede descansar sobre bases seguras y ser fecunda mientras parta de eso. Una unidad apoyada en un unitarismo o uniformismo es contraria a los hechos y provoca a la larga un movimiento de despegue —para salvar su personalidad— en aquellas regiones o nacionalidades que la ven amenazada: así ocurrió con Portugal, así ocurre con Cataluña.

Ahora bien, al lado de esa variedad «irreductible a simple unidad, pero no a composición» como le escribe a Unamuno, existe a la vez una profunda unidad entre los pueblos peninsulares, que es la que permite y postula esa composición. En Maragall juegan constantemente las dos ideas: la variedad y la unidad española o ibérica; ideas íntimamente unidas e inseparables, porque responden a un hecho las dos, y porque además en la voluntad de Maragall nunca se separan: la primera, sin la segunda, supondría el separatismo y la dispersión de la gran familia española, cosa que rechaza; la segunda, sin la primera, un rígido uniformismo que le repugna. Testimonios de lo acabado de decir los encontramos repetidamente a lo largo de su obra. Nosotros traeremos dos textos en que la idea está expresada luminosamente. En *Aprisa* (1906), dice: «Hay en todo el pueblo una subconsciencia de que en esta península hispana somos varias familias de una variedad irreductible, y esto ha creado la corriente regionalista; pero hay también una intuición de que esta península es un todo, una unidad natural, y esto ha creado una resistencia a su descomposición. Pero ahora empieza a presentirse por todos lo que ya algunos hace tiempo presintieron: esto es, que estas dos fuerzas no son absolutamente contrarias y destructoras una de otra, que hay un ideal que abraza a las dos y las aplica a una marcha de gran Estado, y que este ideal no es sólo un ideal para España, sino un ideal universal, rey quizás del porvenir del mundo: el ideal federativo.» Y en *La Integridad de la Patria* (1909), artículo decisivo, exclama: «Porque en una

unidad geográfica como nuestra península (y quede bien claro que en Maragall la realidad y la exigencia de la unidad no descansan sólo sobre un hecho geográfico sino también sobre otras bases, y que al lado de las almas regionales existe un alma ibérica, como él dice en palabras que denotan un pensamiento de tipo histórico-romántico), el derecho a la variedad de las patrias naturales está condicionado por el deber de procurar, en la espontaneidad de cada una de ellas, la generación de los nuevos ideales comunes. Así hay derecho a la libertad, pero no a la separación.»

El principio armonizador de estos dos hechos es el principio federativo. Maragall propugna calurosamente el ideal federal. Y nótese bien, el ideal federal no sólo trae la solución al problema de reconocer las personalidades regionales sin romper la unidad española, sino que en él se concibe como uno de los grandes, sino el principal, principio de regeneración española. El ideal federal se asocia estrechamente con el regionalismo. El regionalismo se le presenta como el gran principio vivificador, vivificador de las regiones, vivificador de España que se enriquecería con este florecimiento de sus partes. El regionalismo, al ahondar en las almas regionales, desarrolla la personalidad de éstas, moviliza sus energías, y de esa movilización general de energías sólo puede que ganar la gran patria española. Del ideal regionalista, que ha despertado y movilizó a Cataluña, espera para la misma acción en las diversas regiones, para una movilización general de las energías nacionales, es el gran principio regenerador que prende en España. Y en el ideal federal se aunan las dos corrientes, una corriente de ahondamiento en las personalidades regionales y de desarrollo de éstas, y la gran corriente que armoniza y recoge esas energías regionales para la obra común. Notemos que en el pensamiento de nuestro autor el ideal federal, el principio federativo, no tiene nada que ver con el federalismo tal como fué concebido por Pi y Margall. Son dos líneas de pensamiento completamente diferentes, diferentes en su fundamentación; racionalista-abstracta en Pi y Margall, histórico-concreta en Maragall, distintas también en su elaboración y en el fin que pretendían. En Pi y Margall, a la postre, el federalismo es un sistema de división de poderes. Recojamos ahora unos testimonios directos de Maragall que confirmen y aclaren lo que acabamos de afirmar. En el primer aspecto, y como principio armonizador, como conciliador de la autonomía con la unidad, y único capaz de evitar la dispersión, lo vemos en *La integridad de la Patria* (1909): «...Sin

una federación acomodada a las patrias naturales no hay Portugal, para nosotros, ni ya Cataluña en paz...» En el segundo aspecto como gran principio regenerador (a la vez veremos su concepción del federalismo) en *Abrisa*: «Pongamos este ideal (el federativo) en la atmósfera hispana y veremos como prende. Hacerlo trascender, vosotros políticos, a la política con la formación de un gran partido de restauración orgánica y federativa, y veréis cosas nuevas. Porque no es aquella federación nacida de la abstracción del pacto la que el pueblo español puede sentir y hacer fecunda, sino la nacida de la naturaleza misma de las cosas, la que brota espontáneamente de esta bendita tierra hispana que todos amamos con pasión, aunque a menudo nos la hagamos unos a otros mal amada por nuestras culpas.» En el *Ideal Ibérico* (1906) dice: «Estos sentimientos de libertad, variedad y armonía... reaparecen como nueva y única fuerza reconstructiva de una política amplia y fecunda para toda la Península...» «Ha llegado, pues, la hora de que Cataluña ponga en el aire peninsular este ideal que llame a sí todas las libertades ibéricas... Y este ideal no puede ser sino el ideal federal, no encerrado en el abstracto doctrinarismo del pacto y de una forma exterior de gobierno, sino abierto a un nuevo sentido en el que, precisamente por su reconocimiento del hecho, logra que las variedades naturales se integren espontáneamente en aquella fecunda unidad que es fondo natural también de todas...», Maragall rechaza todo imperialismo y dominación de unas regiones por otras: «...Nada de intentos de intervención, ni de ensayos de imposición mutua, con lo que no lograríamos más que estorbarnos unos a otros en la gran obra nacional, en la única eficaz, que es ir hurgando cada pueblo en su terruño, en su alma particular hasta llegar a la raíz común, a la raíz ibérica que indudablemente existe. Allí hemos de encontrarnos, allí hemos de entendernos (y por cierto hablando cada uno en su lengua), allí hemos de unirnos, valorando cada uno su elemento y su fuerza en la raíz común. Allí está la unidad, y por cierto más firme y armónica y definitiva que la que pudiéramos lograr —si alguna lográbamos— en la superficie. Allí está el imperialismo proporcionado a cada cual, allí la España grande —la castellana, catalana, vasca, portuguesa (porque, ¿qué importa la exterioridad política, pasajera, de los Estados?)—, allí está el alma peninsular aún por descubrir, allí la gran civilización ibérica aún por hacer, y por la que seremos algo, mucho en el mundo» (*Catalunya i Avant*, 1911).

En esta obra de regeneración, Cataluña tiene una gran misión que cumplir. Cataluña tiene una misión que cumplir como portadora, como antorcha del ideal regionalista, y como vanguardia de la incorporación de España a la vida moderna. Frente al patriotismo hueco y vacío que anatemizó en la *Patria Nueva* (y que nosotros hemos recogido en este trabajo), con ocasión de la «Solidaridad Catalana», escribe aquel vibrante *Visca Espanya*, donde exclama: «Espanyols sí! més que vosaltres! Visca Espanya! Però, com ha de viure Espanya? No pas arrossegant-se pels carrerons provincians del caciquisme; no pas agarrotada, com fins ara, en els lligams d'un uniformisme que és contrari a la seva naturalesa; no pas en la buidor de sentit dels partits vells, ni en l'aire corromput d'un centralisme tancat a tota penetració de l'aura popular... sinò que ha de viure als quatre vents dels mars que la volten; ha de viure en la llibertat dels seus pobles; cadascú lliure en sí, traient del terror propi l'ànima pròpia, i de l'ànima pròpia el govern propi, per a refer tots junts una Espanya viva, governant-se lliurement per si mateixa. Així ha de viure Espanya. Visca Espanya!» (7).

Y coronándolo todo: el ideal ibérico. El veía a Portugal como miembro de la gran familia española, ibérica, diríamos mejor, un hermano separado por los errores de una política que se olvidó de la «diversidad irreductible a simple unidad» (lo que en su pensamiento quiere decir uniformismo), pero no a composición». En su artículo *La Integridad de la Patria* está planteado con todo dramatismo el gran problema de esta unión ibérica, cuya ausencia él sentía dolorosamente: «y en la España que es algo, en la única viva, la íntegra, la gran patria ibérica común nadie piensa». Pero él esperaba que esta unión se realizaría un día; de nuevo, el ideal federativo se le aparecía como el gran instrumento apto para ella. El presentaba el ideal ibérico como la gran tarea a realizar por

(7) ¿Españoles?, sí, ¡más que vosotros! Viva España. Pero, ¿cómo ha de vivir España? No arrastrándose por los callejones provincianos del caciquismo; no agarrotada, como hasta ahora, en los lazos de un uniformismo que es contrario a su naturaleza; no en el vacío de los partidos viejos, ni en el aire corrompido de un centralismo cerrado a toda penetración del aire popular..., sino que ha de vivir a los cuatro vientos de los mares que la rodean; ha de vivir en la libertad de sus pueblos; cada uno libre en sí, trayendo del terruño propio el alma propia, y del alma propia el gobierno propio, para rehacer todos juntos una España viva, gobernándose libremente por sí misma. Así ha de vivir España. ¡Viva España!

todos los pueblos ibéricos, y a la vez les encomendaba la tarea de elevar y engrandecer esta España, esta Iberia, para que volviese a ocupar un puesto preponderante en el concierto de las naciones. «Hay una patria común —proseguí exaltándome—. una España grande que hacer. No la España grande del pasado, esta cosa muerta en cuyo nombre se nos quiere negar la libertad actual y viva, sino la España grande del porvenir, latente ya en el presente mismo, immanente en la naturaleza peninsular. Y en esa España están también ustedes (los portugueses): vamos, pues, todos a hacerla, a alumbrarla; cada cual sea cada cual; ustedes ya lo son; seámoslo también nosotros y cuantos se sientan una personalidad dentro del alma colectiva. Pero cuando lo seamos ellos y ustedes, y nosotros y todos, vayamos a una política común, a una política ibérica, a una patria mayor: la península natural, íntegra, nuestra. Sólo así puedo yo entender la integridad de la patria.» «En cambio, ¡qué otra vida no fuera, qué alegría, qué orgullo, saber ser castellanos, portugueses, catalanes, vascos, todos libres y todos unos, y que de mar a mar no había extraños entre nosotros, sino una resultante común, una civilización ibérica, una gran fuerza natural acrecentando y acrecentada, rigiendo y regida por todos y a todos! Y del conjunto de tantas lenguas, bastante diversas para atestiguar la libertad de cada pueblo, bastantes semejantes para poder sentirse en ellas un verbo general, deducir una acción colectiva, hacerse una potencia en el mundo, ¡qué, un imperio!... en vez de estos recelos, de esta dispersión, de esta miseria que hacen de nuestra pobre España de ahora una mera expresión geográfica, sin otra congruencia, virtud, ni significado...» Como ha dicho Corredor: «Maragall propugna el ideal ibérico como una de aquellas grandes empresas colectivas (en las cuales tanto insistía Ortega y Gasset) forjadoras de la homogeneidad y vitalidad de las naciones» (8); lo cual nos confirma una vez más, y no es otro el sentido de los últimos párrafos transcritos de Maragall, el sentido proyectivo de su obra: la unidad ibérica como gran tarea a llevar a cabo, España como una gran empresa a realizar de cara al futuro. Este sentido proyectivo es uno de los rasgos de la obra del gran escritor catalán, de su visión regeneracionista. Lo hemos comprobado al hablar de la modernización de España, resuena en las estrofas de su *Oda*

(8) Ob. cit., pág. 199.

a *Espanya*, palpita en los párrafos acabados de transcribir, cuando habla del ideal ibérico y de España como una gran tarea a realizar, asociada a ello su esperanza.

Vicéns Vives ha dicho certeramente (en el número homenaje a Maragall que publicó *Destino*, 12 de marzo de 1960): «que nadie puede acercarse razonablemente a su figura si no se la solidariza de inmediato con la Cataluña que asistió a la catástrofe colonial de 1898 y al triunfo social y político de la generación de 1901». Aquí se encierra la clave de su posición. En España, en la España presente a sus ojos, cuyos males culminaron en el desastre del 1898, halló las razones de su posición crítica, como tantos de sus contemporáneos de la generación del 98. Pero en la Cataluña presente a sus ojos —a pesar de todos los defectos que él señaló lucidamente— encontró las razones de su optimismo; en esa Cataluña abierta a la vida moderna, en esa Cataluña renaciente y movilizadora política por el movimiento regionalista. Ese despertar de su tierra era el que quería comunicar a toda España, esa era la misión de Cataluña, cuya suerte nunca desligó de España. Le decía a Unamuno en carta de 23 de mayo de 1907: «Este es el secreto de la fuerza actual de Cataluña: es un pueblo que espera», y más adelante: «Este fuego nuestro es el que quisiéramos comunicar a todos los pueblos españoles; no para esto ni para aquello, sino por el fuego vivo en sí.» Maragall «entre la incertidumbre y la esperanza» ha dicho Vicéns Vives: es ello verdad, pasó por frecuentes crisis de pesimismo, pero creemos que en definitiva acabó prevaleciendo la esperanza —elementos de esperanza que encontraba en su tierra principalmente, pero también en otras regiones, y aún por toda España, «pues la distinción entre las vivas y las muertas no es rigurosamente geográfica», como él mismo dice—. Lo cual no quiere decir que profesase un optimismo fácil. Ha dicho Laín Entralgo (ver número citado de *Destino*): «No fué Maragall un optimista; no era hombre que creyese vivir en el mejor de los mundos posibles: recordad los adjetivos de su «Oda Nova a Barcelona; releed sus artículos «Por el alma de Cataluña» y «La espaciosa y triste España». Mas porque no era optimista y era entusiasta, Juan Maragall tuvo que ser y fué un gran esperanzado.» Ello lo subraya Corredor: «Puede haber algún momento de depresión; sin embargo, a pesar de las dudas engendradas por la lucidez, Maragall vuelve a empezar a predicar: Eduquemos con amor...

y que cada hombre, cada generación, llegue donde pueda.» (9). Su última esperanza y optimismo es otro de los rasgos de la obra de Maragall que contrasta con el pesimismo que animó a muchos de sus coetáneos de la generación del 98; ya hemos dicho cuáles eran las fuentes de su optimismo y esperanza. Corredor, insistiendo en todo lo dicho, añade: «Con todo, nada es más revelador de la crisis española de la época y de la verdadera significación del regionalismo que examinar el plano diferente en que se mueven los hombres de la generación del 98 y Juan Maragall. En los primeros no se encuentra ningún entusiasmo colectivo. Bien al contrario: sobre todo sus primeras obras denotan la duda y el escepticismo de los espíritus inquietos de su tiempo... (los hombres de la generación del 98) más que la pregunta «¿Qué será España?», se plantean el problema de dilucidar el viejo complejo nacional, ya sea para criticarlo, ya para exaltarlo... La generación del 98 también es inconformista; pero su inconformismo se limita a la negación. Les falta confianza para predicar una verdadera regeneración en la esfera nacional... En cambio Maragall quiere mirar resueltamente el porvenir; se siente intérprete de un renacimiento popular, y la palabra «vida» es la que resuena más a menudo en sus labios» (10). Puede que los rasgos críticos se hayan recargado en este juicio de la generación del 98; ahora bien, lo que sí nos parece cierto es que les falta a esos hombres de la generación del 98, como ya apuntábamos más arriba, este último optimismo y esperanza que aparece en la obra de Maragall, y que en él hallaba su razón de ser en la esperanza y vitalidad de su pueblo, y que aquellos no encontraron en su ambiente.

Esa obra —la de la regeneración— era obra paciente, de cada día, de todos. «Los españoles nuevos —decía refiriéndose a los que descartaban toda solución providencialista y querían rehacerlo todo sin derruir nada para que no se venga abajo la casa entera— han de sufrir desencantos sin desanimarse, tremendos retrocesos y volver a empezar con la misma constancia que si hubiesen avanzado... y mostrarse valientes sin lucha. Y por encima de todo ello, han de resignarse a no ver fruto alguno de su obra y legarla a nuevas generaciones por si pueden llegar a realizarla, estando

(9) Ob. cit., págs. 203-204.

(10) Ob. cit., págs. 188-190.

al mismo tiempo preparados a que cualquier día fuerzas exteriores vengan a destruirla definitivamente en sus propias manos.» (Recogido del artículo citado de Vicéns Vives en la revista *Destino*, y perteneciente al artículo de Maragall *La Patria Nueva*). Era obra de amor. Maragall no se cansa de predicarlo. «Era un poeta, lucido, y apasionado, que... no se cansaba de predicar la fraternidad, tanto en el plano estrictamente catalán como en el plano general ibérico», dice Corredor (11). En este aspecto su obra constituye un ejemplo altísimo de conciliación del amor a Cataluña con el amor a España. Por último, «su empeño era la serenidad». «Ni en los días más críticos para Cataluña ha perdido Maragall la serenidad», ha dicho Azorín.

Esta es la visión española de Juan Maragall, que nosotros hemos querido exponer con un cierto detenimiento y una abundante aportación de textos. Visión en la que coincide con muchos de sus coetáneos, como se puede haber comprobado, especialmente en los aspectos críticos y en la manera de enfocar algunos problemas; pero que presenta sus peculiaridades, especialmente en lo que se refiere a las soluciones, y en el sentido proyectivo y última esperanza de su obra. Visto todo esto y a la altura en que nos encontramos, ¿se puede insertar a Maragall en la generación del 98 (o en la pre-generación), cuyos hombres son sus coetáneos en el sentido estricto del término? Entiéndase bien que nos movemos en el plano de la generación del 98 como grupo ideológico. Desde luego es evidente su profunda vinculación; lo que matizaría la posición de Maragall es su visión de las soluciones, y más aún, el sentido proyectivo y esperanzado de su obra. Sea ello lo que fuere, se le coloque en la generación del 98 o no, es, desde luego, evidente que su obra ocupa, debe ocupar, un lugar de honor en la lista de aquellos que hicieron de España un tema de su preocupación. Por otro lado la obra de Maragall representa de una manera eminente las visiones, aspiraciones, soluciones e ideales de muchos catalanes de esos años. Pone de manifiesto lo que se ha olvidado tantas veces, que el regionalismo, las aspiraciones catalanistas no eran incompatibles, no significaban en definitiva rotura con España, sino cabalmente una estructuración sobre nuevas bases del Estado español. Más aún, el

(11) Ob. cit., pág. 199.

regionalismo era concebido como el gran instrumento de regeneración de España y de realización de la unidad ibérica. Por lo menos, ese era el sentido con que aparecía y se configuraba en Maragall.

JUAN J. TRIAS VEJARANO
Universidad de Maurid

R É S U M É

Dans l'oeuvre catalane et castillane de l'écrivain catalan Juan Maragall (1861-1911), poète et prosateur, palpite une grave préoccupation pour l'Espagne, qui est exprimée dans une vision de la réalité espagnole et de ses projets pour sa régénération. Cette préoccupation le fait faire partie de la génération de ceux qui à la même époque se préoccupaient du même problème (fin du XIXème siècle, début du XXème, génération de 1898). On a négligé cependant la pensée catalane de cette époque, dans laquelle s'il existe un profond pathos régionaliste et nationaliste, il ne manque cependant pas une vision de l'Espagne, bien que la solution soit basée sur une construction pluraliste de l'Espagne contre la construction unitaire des intellectuels castillans. Voici cette vision de l'Espagne: maux et remèdes, qui sont étudiés dans cet article.

On commence par soumettre la relation de Maragall avec la génération de 1898, relation qu'il faut reconnaître, bien qu'avec des nuances diverses dues à sa position catalane et aux solutions qu'il propose. Une étude correcte de son oeuvre n'est possible qu'en commençant par une indication préalable de sa condition catalane, espagnole et européenne, car c'est la seule chose qui nous permettra une compréhension juste de son oeuvre. A ceci il faut ajouter un commentaire sur les idées clés de son interprétation de la réalité politique et sociale.

Ceci une fois signalé, surgit la question concrète: Comment Maragall a-t-il vu l'Espagne? la réponse fait référence concrètement à l'Espagne de la Restauration (à partir de 1875). Le problème n'est pas politique, ou seulement politique; dans la ligne des écrivains de son temps il voit le problème plus profondément, c'est un problème de réforme de structure. Dans une terminologie très employée à l'époque il voit en définitive l'Espagne comme un

peuple qui a perdu la vitalité. Sur cette base, une série de problèmes: manque d'éducation et de culture, manque d'union entre Madrid et les provinces et décadence de la vie provinciale, façons de vivre archaïques déphasées de la moderne civilisation industrielle et bourgeoise. Sur tout ceci la superstructure formelle et vide de l'appareil politique en vigueur; le Régime libéral et parlementaire de la Restauration, avec ses comédies et ses défauts; la préparation manque dans les masses et il manque de minorités.

Cependant dans quelques régions il remarque des signes et des éléments de vie. Ceci nous conduit par la main au chemin de la régénération.

Le programme de régénération de Maragall trouve la solution dans le régionalisme. La reconnaissance du caractère pluraliste espagnol et en même temps les principes de récupération et de vitalité de la vie provinciale. Le régionalisme incorporé dans l'idéal fédéral unira variété et unité dans la péninsule, car l'aspiration de Maragall est l'unité de toute la péninsule: l'idéal ibérique. Ainsi donc, le régionalisme n'est pas chez Maragall uniquement un instrument favorable aux aspirations de la Catalogne; mais il fait partie d'une construction espagnole, péninsulaire, ibérique. Pour terminer il faut signaler que chez Maragall, malgré le pessimisme qui marque souvent sa façon de voir, on trouve un ultime optimisme, qu'il faut unir à l'impulsion vitale et optimisme de la Catalogne de son temps; la Catalogne qu'il invitait à être l'antorché de la régénération espagnole et dont il voulait communiquer le dynamisme au reste du pays.

S U M M A R Y

There is a strong feeling of anxiety for Spain in the Catalonian writer's, Juan Maragall (poet and prose-writer of 1861-1911) work which is expressed in a look at the Spanish reality and the ways for its regeneration. This anxiety includes the author in the generation of those who felt the same problem at the same time (end of the XIXth Century, beginning of the XXth, the 98 generation). Catalonian ideas of that period have, however, been rather neglected, ideas and thought which, even though they are

full of a regionalist or national pathos, do not forget Spain, although the feeling is built to a pluralist construction of Spain as opposed to the unitary structure of Castillian intellectuals. This view of Spain, of her faults and remedies, is the one being studied in this article.

It starts from the establishment of Maragall's union with the so-called 98 generation, a union which should be recognized, although with some differences owing to his Catalonian origin and the ideas he supports. The only way to make an effective and accurate study of his works is to make a previous indication of his Catalonian, Spanish and European background, as this is the only thing that will enable us to fully understand his work. In addition, one must add an explanation of his ideas which are the key to his interpretation of political social reality.

The foregoing having thus been shown, there arises the following question: how did Maragall see Spain? the reply refers particularly to the Restoration Spain (1875 onwards). The problem is not a political one, or solely political; from the group of writers of his time, he sees a more profound problem, that of a structural reform. In a terminology very much employed in that epoch, he sees Spain, in short, as a nation which has lost its pulse and vitality. With this background, there follows a series of problems: lack of education and culture, lack of symbiosis between Madrid and the provinces and decadence of provincial life, out-of-date archaic ways of life of the modern and bourgeois industrial civilization. Over all this the formal and empty superstructure of the political element in force: the liberal Regime — Restoration parliament, accompanied by its defects and farces; the need for preparation of the people and lack of minorities.

However, some regions show signs and elements of life. This helps us along the road to regeneration. Maragall's regeneratist programme culminates in regionalism. Recognition of the Spanish pluralistic fact, and, at the same time, the beginning of a recuperation and sap for provincial life. Regionalism originating from the federal ideal will harmonize variety and unity in the Peninsular, as Maragall's aim is to unify the whole of the Peninsular and Iberian ideal. Therefore, it can be seen that Maragall's regionalism is not only the way to achieve Catalonia's aims, but also involves a Spanish, peninsular and Iberian construction. In con-

clusion one must point out that in Maragall's work, over and above the pessimism which often encourages his vision, there is a last optimistic hope, which should be joined together with a vital and optimistic impulse of the Catalonia of his time; a Catalonia which he invited to be the torch of Spanish regeneration and whose dynamism he wanted to communicate to the rest of the country.

